

# LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO  
FUNDADOR, D. PEDRO MOTILBA

AÑO XI

BARCELONA 27 DE SEPTIEMBRE DE 1900

NÚM. 514

✻ DIRECTOR, J. F. Luján ✻

EN EL TOCADOR



—¡Si ahora entrara él!

## Cháchara alegre



**N**o conocen ustedes á Papuss?  
—¿Papuss?... ¿Papuss?... No caigo,—  
dirán para su coleteo.

La verdad es que el hombre no resulta tan popular como el *Y era bó* ó el *Noy de Tona* para que ustedes *caigan*... con tanta facilidad. Será preciso, pues, que yo les diga quién es Papuss para hacerles caer del burro... y perdonen el modo de señalar.

Papuss, feliz mortal, ha resuelto, de modo incontrastable, ese problema *pavoroso* y tan difícil de resolver para cualquier hijo de vecino que no sea pariente ó amigo íntimo, por lo menos, de uno de nuestros conspicuos políticos (ya comprenderán que me refiero al *problema del cocido*). Y digo que lo ha resuelto de modo incontrastable, porque Papuss ha descubierto la manera de vivir *ayunando* en este pícaro mundo.

Sí, señores: Papuss permanece ocho días encerrado en un ataúd con tapa de cristal, y durante este espacio de tiempo está visible, para el que

lo solicite y pague la entrada, á todas horas del día y de la noche.

En el Circo de Madrid ha ejecutado ya la *suerte* con feliz éxito, y precisamente á la hora en que escribo estas cuartillas se halla aquí, en Barcelona, en *pleno* ayuno voluntario, que es un ayuno algo más riguroso que el cuaresmal de las gentes beatas.

Los médicos visitan al *sabio* ayunador (ya se puede llamar sabio al que ha descubierto eso, pues Cajal, con todo su talento, no ha llegado á tanto) con el objeto de estudiarle é indagar en qué consiste el fenómeno; pero hasta ahora no hay quién se lo explique satisfactoriamente.

Los galenos entran con cierto respeto en el local donde habita el célebre Papuss, se acercan á la caja con cautela (la cual cautela, no es, en este caso, el amigo de Calaparraga del cabo López), aproxímanse hasta dar casi con la punta de las narices en la tapa *crystalina*, y observan con atención los menores detalles de las facciones del *ayunador*. Este permanece en su fúnebre encierro indiferente á todas las miradas, y gozando en ropas menores de la temperatura *fresca* que le rodea. Los médicos, después de un rato de observación, se largan sin haber descifrado el misterio.

Los incrédulos, al salir del local, van murmurando entre dientes:

—Lo que es á mí no me la dan; eso de Papuss, debe de ser *papa*.

Otros, por lo contrario, van diciendo aquello de *La Verbena*:

—«Hoy las ciencias adelantan que es una barbaridad...»

Por último, algunos llegan en su entusiasmo á pedir la cabeza del *ayunador*.

—A este hombre debía condenársele á muerte, ó por lo menos debía él suicidarse de un modo digno, y su cadáver ser entregado á Cajal para su estudio en el laboratorio que próximamente se abrirá bajo su dirección.

El día que yo fuí á



EN LA PLAYA

Trouquet

verle, me encontré en el local con un matrimonio *de libras* y dos niñas anémicas que miraban asombradas á Papuss, como ruborizadas de ver que no usaba más que la ropa interior.

El ayunador se hallaba acostado sobre el lado izquierdo.

—Mira, Celedonio,—decía la señora;—parece que tiene el calzoncillo manchado.

—Nó, mujer, nó; es una mancha de hierro. Eso no significa nada. Hay que tener fe en la ciencia.

—¿Qué quieres decir?

—Que como está en estado cataléptico, se comprende perfectamente que no coma ni beba en ocho días.

—Pues ¿qué quieres? A mí no me cabe la menor duda de que le hacen comer por alguna parte.

—Pero, mujer, estando abierto el local al público á todas horas del día y de la noche, ¿cuándo le van á dar de comer?—respondía el marido.

—Eso es muy fácil; ya ves lo que nos dijeron al entrar: «Esperen ustedes un poco, porque hay mucha gente.» Y ¿quién me asegura á mí que en ese momento no le estuvieran alimentando? Lo que te puedo decir es que esas manchas son muy sospechosas; parece que quieren indicar la prisa con que le volvieron á meter en la caja.

Yo en tanto, me reía del marido que creía en la catalepsia de Papuss y observaba á las niñas que le miraban con atención suma y cuchicheaban entre sí con misterio.

—Aurorita,—dijo la madre,—no te fijes tanto, porque, según tu padre, hay que creer á pies juntillas que este señor no come, ni bebe, ni nada, vamos.

Aurorita se ruboriza.

La señora repite á su marido que aquello no puede ser, y yo me retiro pensando en que el procedimiento de Papuss es magnífico para los que tienen muchos *ingleses*.

Llega el casero á cobrar el recibo de la mensualidad, y la criada, que ya debe estar convenientemente adiestrada, le dice:

—El señorito ha muerto.

—¿Cómo! ¿Ha muerto? ¡Si ayer por la tarde le vi en el café!

—No, señor, no ha muerto; pero es lo mismo: puede usted pasar á verle.

El casero entra y es conducido por la criada á una habitación enlutada, en cuyo centro se encuentra el inquilino encerrado en un ataúd alumbrado por dos cirios.

Don Procopio, el casero, se aterroriza y sale corriendo y dando gritos de espanto.

Y de este modo se acabaría de una vez la crisis económica por que atraviesa el país.

CARLOS RÍA-BAJA.

## PENSAMIENTOS DE ELLAS



—¿Qué tontos son éstos! ¡Salen á pescar agua afuera, cuando podrían sin peligro hacer su agosto tierra adentro!

## ¡TOROS! ¡TOROS!



ENFIRA parece, pero ocurre como en lo del cuento del tío Pajares, que no lo es.

Hay quien se cree con derecho á insultar al periodista, porque éste pide que se invierta más dinero en instrucción y menos en correr toros.

¿Han visto ustedes qué osadía, qué indignidad? Esos señores que escriben están dejados de la mano de Dios. ¿Qué va á hacer uno si no pasar la vida agradablemente? ¿No es mejor divertirse que romperse la cabeza estudiando? ¿No vale más holgar que distraer las horas en tareas útiles? No importa que España sea nación atrasada, pobre, inculta, mientras todo arde en zambra y regocijos. Que muera de hambre el maestro de escuela en tanto que el torero cobra miles y miles. El torero es una tradición, una gloria nacional; el maestro es una *vergüenza*, nacional también. ¿Para qué necesitamos saber? Eso está bien para los extranjeros, barbarotes de suyo. Maldita la falta que nos hace instruirnos. ¡Qué! Hasta los periódicos y los periodistas debieran mandarse suprimir.

Todas estas reflexiones me las sugiere una carta del director, que dice así: «Don Claudio; ahí va el documento adjunto para que se defienda como Dios le dé á entender».

Suscribe el papelote un tal Mariano Gil Jiménez, y en él se me pone de vuelta y media porque he escrito contra las corridas de toros, burlándome de esa costumbre bárbara y estúpida, que ya no nos sirve ni para ser invencibles, héroes, legendarios, y otras cosas por el estilo. Nó, ya sólo nos sirve para acentuar la nota de conmisericordia y desdén con que en todas partes se nos mira. En París, hasta pueblos que debieran sernos inferiores, nos han *chafado* la guitarra, *relativamente* á Escuelas. ¡Nosotros no podemos presentar noticias de más escuelas que las de Montes, Frascuelo, Lagartijo y otros apreciables *faunos* de la vegetación torerill! En esto sí que estamos á una de las más grandes alturas del globo.

Bueno, pues el Sr. Gil Jiménez, dice, entre otras cosas donosísimas, que yo debería estar *voracho* cuando escribí las «Burlas y Veras», y que no sé historia (milagro es que no haya suprimido la hache), ni filosofía, ni *ná*. Que no se puede hacer caso de un hombre que en todo encuentra materia de risa, y que si quiero ponerme un rato serio, á ver cómo le pruebo que un espectáculo que han celebrado todos los ingenios españoles, incluso Cervantes, es digno de mofa y censura. Concluye: «Si á usted no le gustan los toros, no vaya á la plaza».

Efectivamente, no voy; no es mi costumbre, ni quiero perder las tardes como una acémila. He ido una sola vez en mi vida, siendo niño, cuando toreaban Lagartijo y Frascuelo juntos. Un toro



EL IDEAL

se hartó de matar caballos, y el presidente se hartó de ver tal carnicería. Mandó retirar á los picadores, y el público se indignó y puso el principio de autoridad que no había por dónde cogerlo. Tiró al ruedo botellas y cuanto tuvo á mano, hasta astillas de los asientos; hirió á uno de la cuadrilla y á la res; y ésta con ser tan brava, no salía de su asombro. La guardia civil tuvo que ponerse en la barrera con las carabinas apuntadas al respetable espectador. Hubo desmayos, magulladuras y otros excesos. Yo quedé de una vez para siempre convencido.

No protesto, ni censuro la costumbre, aunque tengo el derecho de llamarla bárbara; no hablo, como otros, á título de esto ni de lo más allá. Me burlo de las corridas de toros, y reclamo, nó que se supriman, pero sí que no sirvan, como están sirviendo, de rémora á la instrucción. Es lo menos que puede pedirse.

El Sr. Gil quiere que hable seriamente: á mí no me duelen prendas y allá va toda mi seriedad de un golpe.

La otra tarde vi cómo desfilaban dos pelotones, compañías, ó lo que fueran de guardias civiles: unos á pie, otros montados. Venían de la Plaza de Toros.

La gente se agolpaba al paso. Había presenciado, poco antes, el desfile de los toreros y el de los coches. Lo primero era una nota de color animada y viva, concedo esto á los amantes del espectáculo nacional; lo segundo una nota sombría, triste, lúgubre, remedo de edades pasadas, en que todo era miseria y opresión: tengo para mí que los susodichos amantes me concederán, á su vez, esto último.

Pues bien, Sr. Gil; pues bien, señores todos que piensen como el Sr. Gil: un espectáculo que necesita tales precauciones no puede ser culto: la presencia de la guardia civil responde de la *moralidad* de la costumbre. No arguyan ustedes que se trata de mantener el orden entre una agrupación de millares de personas. En los teatros se reúnen también; y á los teatros (ordinariamente) no va la guardia civil, y menos formada y con fusiles.

Cuando los taurófilos me destruyan este argumento, yo reconoceré que somos el país más sabio de Europa dejando morir de hambre á los maestros de escuela.

CLAUDIO UGENA.

EN LAS COSTAS DE ITALIA



MAREA

Bugini



No acabo de desnudarme  
si no dejás de mirarme.

## LA PRIMER NEVADA

(Cuento)

**E**N el ancho golfo y bordeando las grandes montañas que rodean á Cannes, las blancas quintas quedan como dormidas bajo la luz del sol.

Las más inmediatas al agua, abren sus verjas sobre el paseo que bañan las tranquilas olas.

El tiempo es bueno y en extremo agradable. Por encima de las paredes de los jardines, se ven los naranjos y los limoneros cargados de frutos.

Una señora joven y elegante, acaba de salir de su quinta, cuya puerta da al paseo de la Croiserte. Detiéndose un instante para contemplar á los transeuntes, se sonríe y, rendida de cansancio, se sienta en un banco delante del

mar. Su pálido rostro parece el de una muerta, y se lleva á sus labios sus dedos transparentes, como para detener los accesos de tos que le aniquilan.

Vuelve luego á sonreírse, y murmura:

—¡Cuán dichosa soy!

Sabe, sin embargo, que va á morir, y que no verá la próxima primavera.

Y la infeliz aspira tanto como puede, con sus enfermos pulmones, el aliento embalsamado de los jardines.

\*  
\*  
\*

La enferma recuerda su pasado. La casaron hace cuatro años con un caballero normando, á quien por su gusto hubiera negado su mano. Pero dió el sí con una inclinación de cabeza para no contrariar á sus padres, cuya fortuna había venido muy á menos.

Su marido la sacó de París para llevársela á su castillo normando, inmenso edificio de piedra rodeado de árboles seculares.

Cuando bajó del coche y vió el castillo, dijo sonriendo:

—¡Esto no tiene nada de alegre!

Su marido se echó á reír á su vez, y contestó:

--Ya te irás acostumbrando. Aquí no me aburro yo nunca.

Al día siguiente empezó á ocuparse en arreglar su casa, lo cual duró cerca de un mes.

Como estábamos en verano, iba al campo á presenciar las operaciones de la siega.

Pero vino el otoño y su marido se consagró á la caza, dejando sola á su mujer en el castillo. Salía al amanecer con sus perros y no volvía hasta la hora de cenar.

Llegó el invierno, frío y lluvioso, y Enrique de Parville—así se llamaba el marido de aquella desdichada—no interrumpió ni por un instante su género de vida.

La pobre mujer encendía todas las chimeneas sin lograr calentar inmensas habitaciones, invadidas por la humedad. Y sentía frío durante el día, en el salón, en el comedor, en su cuarto. Su marido regresaba á la hora de comer,

porque cazaba sin cesar, ó se ocupaba en sus trabajos agrícolas.

Cuando llegaba se frotaba las manos y decía:

—¡Vaya un tiempo! ¡Ha estado lloviendo todo el día! ¡Vamos, vamos á cenar junto al fuego!

Un día, dijo la castellana á su marido:

—Me muero de frío, Enrique, y es preciso que hagas poner aquí un calorífero para que se sequen las paredes.

—¡Un calorífero en el castillo! ¡Qué disparate!

—Te juro que no puedo resistir esta temperatura. Tú no la notas porque estás todo el día en movimiento.

—Pues el frío es muy bueno para la salud.

La infeliz, que se pasaba el día tiritando, volvió al poco tiempo á decir á su marido que no había más remedio que comprar un calorífero; pero Enrique la escuchó como si le hubiera pedido la luna.

La adquisición de semejante aparato le parecía tan imposible como el descubrimiento de la piedra filosofal.

En Enero aumentó el frío con gran violencia y cayó la primera nevada.

Una tarde la infortunada esposa se echó á llorar.

Su marido entró en aquel momento y le preguntó:

—¿Qué tienes? ¿Qué te pasa?

—¡Estoy triste! ¡Me aburro y me muero de frío!

—¡Siempre lo mismo! ¿A que vas á hablarme otra vez del calorífero?

—No, no te diré ni una palabra.

—Ten en cuenta que no has tenido ni un solo catarro desde que estamos aquí.

\*  
\*  
\*

Llegó la noche. La mujer se fué á su cuarto, porque había exigido una habitación separada, y se acostó.

Y se puso á pensar en su marido, recordando sus palabras: «No has tenido ni un solo catarro desde que estás aquí.»

Era, pues, preciso que estuviese enferma y que tosesese para que aquel hombre se compadeciese de ella. Pues bien: tosería y tendría que venir el médico á asistirle.

Se levantó en camisa y dijo para sí:

—¡Quiero tener un calorífero y lo tendré!

Casi desnuda se sentó en una silla y esperó. Temblaba de frío, pero no se acatarraba. En vista de ello, resolvió apelar á un medio decisivo.

Salió de su cuarto, bajó la escalera y abrió la puerta del jardín.

Echó á andar descalza y en camisa, sepultando sus pies entre la nieve.

Estuvo más de media hora al aire libre y

permaneció un buen rato sentada sobre el hielo.

Después, regresó á su cuarto y se acostó. A la mañana siguiente empezó á toser y no pudo levantarse.

Tuvo una pulmonía, deliró, y en su delirio pedía un calorífero. El médico exigió que se pusiese uno en la habitación. Enrique cedió, pero con visible desagrado.

\*  
\*  
\*

Un día dijo el médico al marido:

—Los pulmones han quedado en muy mala situación, y si permanece aquí esta señora, corre grave peligro su vida.

Enrique la envió á Cannes á respirar el aire puro de los naranjos en flor.

Y allí vivía, temiendo curarse y dominada por el miedo de tener que sufrir otra vez los terribles inviernos de Normandía.

Sabe que va á morir, y, sin embargo, se considera dichosa.

Al regresar á su quinta, encuentra una carta de su marido. La abre, sonriendo, y lee:

«Mi querida Julia: Supongo que seguirás bien y que no echarás de menos nuestro país. Empieza á hacer frío y todo anuncia una próxima nevada. A mí me gusta mucho este tiempo, y, como es natural, no pienso encender tu maldito calorífero...»

La enferma deja de leer y su mano derecha, en la que tiene la carta, cae lentamente sobre sus rodillas, mientras se lleva la izquierda á su boca, como para calmar la repentina tos que le desgarró el pecho.

GUY DE MAUPASSANT.



¡Buenas noches!



LA MAGA DEL PEREGRINO

## Las sombras de Hellas

*La cabellera de Medusa.*

Se vió ondear la cimera del casco de Perseo;  
brillar, como relámpago, la diamantina espada  
y rodar la terrible cabeza enmarañada,  
como despojo antiguo de un bárbaro trofeo.

Resonaron las corvas riberas del Egeo,  
con fúnebre sollozo de playa abandonada,  
y en los Thesalios montes la pálida alborada  
apareció indecisa con vago centelleo.

Un suave son de sistros sonaba á la distancia;  
los mirtos en el aire volcaban su fragancia;  
cruzaban los Alcyones cantando su tristeza.

Y como pesadilla de sueños febricantes—  
al levantar del lodo la lúgubre cabeza  
el Héroe, vió en sus manos un nido de serpientes...

*Los Argonautas.*

Hacia Cólquide tiende la Nave su alta prora  
donde van los guerreros soñando el Vello cino;  
Jasón, meditabundo, contempla el mar divino  
que vuelca en roncadas sílabas su música sonora.

Con un rubor de virgen la espuma se colora  
y las olas se encrespan al beso vespertino;  
el Misterio y la Muerte les abren el camino  
para sus fuertes almas que la ambición devora.

Y llegados al límite del viaje aventurero,  
allí en la selva mágica que guarda el dragón fiero  
Jasón ve junto al áureo tesoro que chispea

una ideal, extraña criatura luminosa,  
hierática y erguida la frente silenciosa—  
y como dos diamantes, los ojos de Medea.

LEOPOLDO DÍAZ.

## SONETOS

## I

¡Santa naturaleza!... yo, que un día,  
prefiriendo mi daño á mi ventura,  
dejé estos campos de feraz verdura,  
por la ciudad, donde el placer había.

Vuelvo á ti arrepentido, amada mía,  
como quien de los brazos de la impura  
vil publicana se desprende y jura  
seguir del bien por la desierta vía.

¿Qué vale cuanto adorna y finge el arte,  
si árboles, flores, pájaros y fuentes  
en ti la eterna juventud reparte,

y son tus pechos los alzados montes;  
tu emtalsamado aliento los ambientes  
y tus ojos los anchos horizontes?

## II

Más precio en este valle y pobre aldea,  
término de mi vida peregrina,  
despertar cuando el aura matutina  
las copas de los árboles menea;

Y al volver de mi rústica tarea,  
ora en la tarde cuando el sol declina,  
mirar desde esta fuente cristalina,  
el humo de mi humilde chimenea:

Que en la rodante máquina lanzado  
cruzar como centella por los montes,  
pasar como relámpago el poblado.

Y así robando al péndulo un segundo,  
para hender los finitos horizontes,  
sentir la nada al abarcar el mundo.

## III

Hay junto á la ventana de mi estancia  
un laurel de la sombra protegido,  
en donde guarda un ruiseñor su nido  
apenas de mi mano á la distancia.

Y entre el verde follaje y la fragancia  
celoso, ufano, amante requerido,  
dice su amor con lángido quejido  
y dulce y elevada consonancia.

Las horas de la noche, una tras una,  
en sigilosa hileras, huyendo el día,  
siguen el curso á la encantada luna...

Y en esta soledad, el alma mía  
goza sin envidiar cosa ninguna  
de su quieta y feliz melancolía.

## IV

¿Qué fueron al gran Carlos las hazañas,  
en la celda de Yuste recogido?  
El quiso relegarlas al olvido  
y ellas emponzoñaban sus entrañas.

Suele el que nace humilde en las cabañas  
huir su techo y olvidar su egido  
por el lucro del mar embravecido,  
por el precio de sangre en las campañas.

Mas al noble varón que honró su historia  
sin codiciar fortuna envilecida,  
ni envidiar los pesares de la gloria,

un apartado albergue le convida  
á esperar, sin tormento en la memoria,  
la breve muerte de su larga vida.

ANTONIO ROS DE OLANO.

FIESTA FEMINISTA



Brindemos por la abolición del hombre... ¡no! porque el hombre se convierta en perro de la mujer

# LA LÁGRIMA QUE FALTA

**E**s una historia muy extraña, pero muy verdadera.  
Y es como sigue:

Todo cansa en este mundo, y hasta en el *otro*, según parece. Es el caso, que el *diablo* se cansó de estar en el infierno, lo cual se comprende. Y aun se cansó de ser *malo*, lo cual se comprende menos, porque hay hombres, que sin alcanzar categoría infernal, de ser *pésimos* no se cansan nunca. Pero el *diablo* legítimo, el dueño y señor de los antros tenebrosos, quiso cambiar de condición. ¿Cómo podría conseguirlo? He aquí el problema, que el *viejo Hamlet* se planteó á sí mismo.

Donde menos se piensa se tiene un amigo, y el diablo tenía uno muy antiguo en el cielo, por inverosímil que esto se les antoje á mis lectores, y era su amigo nada menos que un *ángel*.

Amigos habían sido el diablo y él, antes de la tremenda caída de Satán; cuando tenían los dos alas blancas en los hombros, y aureola de luz sobre la frente. Después de aquella siniestra caída, algo se enfriaron sus relaciones; pero así y todo, algunas veces se veían, y se hablaban en el lenguaje que usan los espíritus: se veían, digo, sobre la nube tempestuosa el *ángel bueno*, nadando entre relámpagos y braceando entre centellas el *ángel malo*.

Y una noche de tormenta, en el repligüe de un nubarrón, le dió *aquel á éste* un consejo, un consejo de amigo:

—Si consigues fabricar una *escala de lágrimas*,—le dijo,—por ella podrás subir al cielo, y... ¿quién sabe si Dios te dejará entrar? ¡He visto entrar á tantos de ese modo!

No oyó el diablo más, porque el estampido del trueno le ensordeció y una ráfaga de viento deshizo el nubarrón.

Desde aquella noche, el diablo no cesó de pensar. ¡Pensar! ¡Mala manera de ganar el cielo! Pero el que tiene mañas perversas las pierde tarde, sobre lodo en el infierno. Aunque en la tierra tampoco se pierden.

Un día, estaba cavilando en cómo fabricaría aquella *escala de lágrimas* de que su amigo le había hablado, y el sitio que había escogido para sus cavilaciones era agreste y solitario por demás: la quebrada de un alto y negro monte. Por el fondo corría un riachuelo entre guijos y peñas. Y el diablo, tendido en una de las márgenes, se rascaba los cuernos y se tiraba del rabo, sin que brotase ni una idea de luz en las negruras de su cerebro maldito.

De pronto se fijó en una *felsima araña*, que estaba como prisionera en un pedrusco del centro de la corriente, formando en él á modo de un islote. El animal daba vueltas á todo el contorno de la pequeña isla, y por ninguna parte podía salir.

Interesóse el diablo por la araña insular, y pensó que él y el repugnante animalucho estaban en situación muy parecida. Le hizo gracia el lance y se rió: el barranco y el agna se pusieron pajizos, como iluminados por llama de azufre; pero pasó la risa y pasó la amarillez. El monte volvió á sus sombras y el riachuelo á sus blancas espumas.

Entonces el negro espíritu vió que la araña, sin ser el diablo, discurría mejor que el diablo mismo. Convencida de que el pedrusco era una verdadera isla, y de que no había terreno firme por donde escapar, acudió á un medio ingeniosísimo. Levantó la parte posterior de su cuerpo repugnante y empezó á echar al aire hebras finísimas del hilo que para fabricar sus redes suele tejer: flotaron las hebras, fueron cada vez más largas, el viento las llevó más y más lejos, y al fin, una de ellas se adhirió á otro pedrusco.

En cuanto la araña—que, de cuando en cuando, con sus patitas templaba las hebras—conoció que el sutil cable tenía punto de amarra, lo desprendió de su cuerpo, lo pegó al pedrusco, y, sirviéndose del hilo como de puente colgante, pasó á la piedra de más allá, y de una en otra, por el mismo procedimiento, á una de las márgenes.

El *diablo* aprovechó la lección y combinó todo un plan de escalamiento celeste.

Recogiendo muchas lágrimas, pensaba él, haría un hilo inmenso; lo pegaría al borde del infierno y lo dejaría flotar. Y del mismo modo que el viento se llevó la hebra del animalejo, ese soplo de vida que sube de la tierra al cielo, como atraído por el centro de todo amor, levantaría el

EN EL PARQUE



—Yo bien deajo sitio para dos. ¡Ni por ésas!



Este preparativo,  
no es para usted, amigo.

hilo de lágrimas hasta que por arriba se pegase á la bóveda celeste. Entonces por él treparía el diablo, como araña peluda de los abismos, y, en llegando arriba, su amigo el *ángel* le haría entrar en la morada de los justos.

Púsose el espíritu del mal á recoger lágrimas para su obra. ¡Muchas se necesitaban, pero nunca le faltaron! Que por algo es este mundo valle de lágrimas; y si por ventura escaseaban, no tenía el diablo más que apretar los tornillos del dolor, y nuevas y ardientes lágrimas corrían inagotables.

¡Por todas las mejillas las iba recogiendo el protervo!

¡Lágrimas de amor; lágrimas de desesperación; lágrimas de ira; lágrimas de arrepentimiento; lágrimas de alegría! ¡Qué rica variedad! ¡Y cuántas! ¡Y cómo brillaba el hilo á modo de sutilísimo rayo de luz!

Con su baba, pegaba el diablo las pequeñas gotas unas á otras y el sublime cable iba creciendo.

Creyó el diablo que ya tocaba en lo celeste y se puso á subir.

¡Qué grotesco subía! Pero él, como enorme araña, iba trepando por el hilo de lágrimas, espacio arriba, hacia la eterna bóveda de diamante.

Llegó al fin; mas el ángel, su amigo, asomó la cabeza, y le dijo tristemente que no podía entrar.

No podía entrar porque el hilo no tocaba todavía al cielo: faltaba muy poco, muy poco; pero ese poco era como un *abismo infinito*: faltaba el espesor de una lágrima, sólo de una; mas ésa había de ser, no robada á los que sufren, sino del diablo mismo: de sus propios y áridos ojos había de brotar: en su seno maldito había de forjarse: sus entrañas de hiel habían de cuajarla. *Faltaba, pues, una lágrima*; pero había de ser suya. «Llora, llora, desdichado,—le dijo el ángel,—haz lo posible; haz un esfuerzo supremo, una lágrima, y basta»

El diablo se dejó escurrir por el hilo y cayó en el infierno.

Necesitaba llorar y no podía: se revolvió las entrañas con las zarpas, buscando aunque no fuera más que una gota de llanto, y no lo encontraba; ¡miserable ser! ¡Cuajarón de sombra, sequedad eterna, negación completa de todo amor!

Su desesperación fué tan grande como su caída.

Quiso llorar: se mezcló á sus condenados; sufrió sus tormentos; recorrió todos los círculos del dolor; pero ni el dolor ni los tormentos humedecieron sus párpados verdosos.

Cruzó la tierra toda pidiendo á la creación una lágrima.

Se golpeó los ojos contra los picachos de las peñas y brotaron chispas mezcladas con aullidos; pero una lágrima, nunca.

Bajó á los mares y las aguas de los océanos clavaron sus dientecitos de sal en los cristales ardientes que rellenaban sus órbitas fatales; pero la humedad salobre no era la lágrima que faltaba.

Quiso presenciar los dolores humanos, por si había uno, entre todos, capaz de inspirarle compasión y de dar rocío á sus ojos. ¡Empeño inútil! Había perdido la costumbre: el dolor ajeno le había hecho reír siempre. Y la risa constante, sobre la tierra, hace idiotas ó malvados; en el infierno es la forma suprema del dolor; pero del dolor sin lágrimas.

Y con más rabia se ceba desde entonces el diablo en los humanos, hasta inventar algún dolor que le arranque alguna lágrima: la lágrima que le falta para llegar al cielo.

JOSÉ ECHEGARAY.

### EFFECTOS CONTRARIOS



¡Lo que va de ser mujer  
á ser un simple varón!  
Icaro perdió las alas

por aproximarse al Sol:  
yo las conservo, y me caigo  
abrasada del Amor.

### ¡El rasgo particular!

**P**UES decían que estaba usted perdidamente enamorado de Luz.

—Nada de eso. No negaré que en distintas ocasiones la he dirigido alguna frase de lisonja; pero de ahí no ha pasado.

—A mí me extrañó mucho, muchísimo. Y... hasta lo sentí, porque, ¡vamos!... ¡un chico joven como usted casarse con una viuda...!

—Hay viudas adorables. Usted misma si se mira al espejo...

—Sí; pero yo no pienso reincidir.

—¡Libreme Dios de violentar su voluntad!

—Si yo estuviese en el lugar de Luz mandaría á usted noramala. No consentiría que nadie se entretuviese en enamorarme.

—Yo no la enamoro. Voy á su casa porque ella me invita. Allí nos reunimos unos cuantos amigos á oír sus dramas, sus novelas, sus poesías, etc., etc.

—Y luego se burlan ustedes.



¿El secreto? No lo diga.  
¿A que cierra usted los ojos  
en el punto en que me mira?

—La culpa ¿de quién es? Ya que no tiene talento para escribir, que lo tenga para ocultar sus obras.

—No serán tan malas cuando tienen ustedes paciencia para oirlas.

—Es que mientras lee pensamos en otras cosas.

—En mí, por ejemplo.

—Nunca me he acordado de usted en casa de Luz.

—¿Qué fino!

—Pienso en usted cuando veo una rosa...

—¿Sí? ¿Por qué?

—Porque tiene espinas y es bella...

—Y yo ¿tengo espinas?

—Una muy grande.

—(Ahora se declara.) ¿Sí?

—¡Sí! El recuerdo de su Paco.

—¡Es verdad! (¡Qué bruto!)

—(¡Anda, traga saliva!)

—Pepe, voy á confiarle un secreto.

—Usted dirá.

—¿A ver si acierta quién me ha pedido relaciones?

—No sé...

—Angel Montilla.

—¿El camarero de *El Imperial*?

—¡Un hombre público!

—El camarero también es hombre, y público, señora.

—Pero es indigno de mi amor.

—Tampoco lo exigiría por entero. Tendría que compartirlo con Paco.

—Ruego á usted que no nombre á mi difunto.

—Yo le suplico que no me hable de amores.

—Usted tal vez lleva á mala parte mis confianzas y...

—Yo las dejo muy tranquilas.

—(Este zángano está enamorado de Luz).

—Conque ¿cuándo nos casamos? ¡Digo! Usted dispense. ¿Cuándo se casan ustedes?

—¿Habla usted conmigo?

—Me parece...

—Como hablaba usted de casamientos y yo creo pensar cuerdamente todavía...

—¡Basta de disimulos! Usted se casará con Luz.

—Como usted guste. Pero yo no me siento inclinado á ese matrimonio.

—¿Quiere usted permanecer soltero?...

—No. Comprendo que el matrimonio es el estado perfecto de la criatura humana. Pero yo he soñado en una mujer, y esa

mujer vive y es amiga mía y muy guapa, y seria, de buena educación y viuda también como usted, y ésa será mi esposa el día que yo cambie de genio, que sea para esas cosas más hombre de lo que soy y no se me hagan un nudo en la garganta ciertas palabras.

—¡Bravo, muy bien! Usted acabará por escribir dramas como Luz... No se incomode usted, Pepe. Voy á darle un consejo. ¿Usted quiere á una viuda? Pues, para conquistarla, fíjese en las condiciones del difunto, y si era bueno, honrado y trabajador, si tenía un carácter dulce y afable, procure usted asimilarse á él y conseguirá su propósito.

—Yo soy honrado, soy trabajador...

—No quiero decir eso, Pepe. Cada hombre tiene rasgos particulares, y á veces uno de esos rasgos cautiva á la mujer. Luego procure usted no adquirir fama de baila bonitas. Aclare usted los puntos, y si, como es de presumir, quiere

usted á Luz, que se vea; no vaya con medias palabras que se retiran con más facilidad que se pronuncian.

—Rosa, yo no puedo querer á Luz. Es una pobre cursi que me inspira lástima y risa á la vez. Voy á su casa porque me divierte la falsa posición que se ha creado. Figúrese usted que ayer se le ocurre á Ubeda tocar un vals, que ha compuesto recientemente. Yo, que sabía que á Luz le habían retirado el piano porque no estaba al corriente de los alquileres, hice cuanto pude por evitarle el sofoco. Ubeda insiste, y la pobre señora, sonrojada hasta las orejas, tiene la ingeniosa idea de decirnos que el piano tenía una cuerda rota, y como el afinador es viejo y achacoso, se lo ha mandado á su casa para que no se moleste. La carcajada fué general, y seguramente duraría aún, á no habernos leído un soneto con estrambote que nos cortó la risa instantáneamente.

—Sí, todo lo que usted quiera; pero á mí me consta que hace pocas noches la llamó usted Iris.

—Y con mucha razón. Fíjese en su cara y verá que parece una tempestad de fea que es. Observe que en ella se hallan todos los colores, y á ver si no es hacerle justicia llamarla *Iris*.

—¿Qué malo es usted!

—Luego la edad. Luz tiene sus cuarenta y ocho hace ya siete años, y yo no me siento con aptitudes para anticuario.

—A pesar de todo, se conserva joven... Tiene buena mata de pelo. .

—Ella sabrá lo que le cuesta. Y, en fin, ya le he dicho que no es ésa mi mujer. Yo quiero la guapa sin afeites, la joven rebosante de salud, la de fino sentir y elevado pensar, la mujer de mis ensueños...

—¿Y existe?

—¡Sí!

—¿Y la conoce usted?

—Es mi amiga.

—¿Viuda también?

—También viuda.

—Y ella ¿lo sabe?

—Me lo presumo.

—No atino en quién pueda ser...

—Es... es.. usted misma, Rosa; ¡es usted misma!

—¿Cómo le parece usted á mi Paco!

—¿Sí? ¿En qué?

—En lo mucho que le cuesta decir las cosas.

F. CUENCA Pr.

## EN EL PARQUE



—¡Pobrecillos! ¡qué dóciles! ¿y que no sean los hombres tan mansos siendo más animales?



Y con la mano colocada así...  
¿dirás que nó, vamos, di?

## Las mujeres

**S**alón de casa rica; muchos muebles lujosos, escogidos sin gusto y amontonados sin orden; las paredes recargadas de pinturas necias, con exceso de oro en el marco; todo un museo de retratos de familia, con trajes rarísimos y actitudes extravagantes. ENRIQUE JIMÉNEZ GONTOYA, 30 años, bigotes largos, de puntas retorcidas, se balancea, con visibles señales de alurrimiento, en una mecedora. Al cabo de breves minutos se pone de pie, viendo entrar á D.<sup>a</sup> JUANA CORTINA DOZELLA, señora de 45 años, viuda de un comerciante enriquecido

durante la última guerra civil. Conserva muy bien la edad y la frescura de sus carnes. Es guapa.

D.<sup>a</sup> JUANA (*saludando con afectada familiaridad*). — ¡Adiós, marqués! ¿Quién había de figurarse...? Le hacíamos aún en San Sebastián.

ENRIQUE. — ¿Cómo está Inesita? Usted, ya veo que no necesita los aires del campo ni las brisas de la playa para conservar su salud y... su hermosura. Está usted seductora, irresistible.

D.<sup>a</sup> JUANA. — ¡Adulón! Así, con ese fraseo, tiene usted esa fama de peligroso. Pues Inesita, algo desmejorada. La calor .. los nervios... á los veinte años, la mujer tiene que sufrir la tiranía de los nervios.

ENRIQUE (*interrumpiendo vivamente*). — Lo que debe usted hacer, es casarla.

D.<sup>a</sup> JUANA. — ¿Casarla? ¿No le parece que es demasiado joven? Pero siéntese... sentémonos.

ENRIQUE. — Creo, por lo contrario, que es la edad más oportuna y conveniente, sobre todo tratándose de su hija; hace tiempo que observo en su naturaleza ciertos trastornos... usted perdone, y en su cara signos de tristeza y melancolía, que desaparecerán en

cuanto contraiga una unión feliz.

D.<sup>a</sup> JUANA. — ¿Se ha doctorado usted durante el verano?

ENRIQUE. — Señora, no se necesita saber mucho para...

D.<sup>a</sup> JUANA. — ¿Saber? ¡Qué petulantes son ustedes los hombres! ¿Saber?... ¿qué saben ustedes de estas cosas? Siempre empeñados en dirigir y gobernar á las pobrecitas mujeres, y en cuanto abren la boca no hacen sino ofenderlas y calumniarlas. Mire, yo me casé á los veinticuatro años; á los veinticinco nació Inesita...

ENRIQUE. — Y á los treinta quedó usted viuda, con la agravante de no haber tenido más hijos. De modo que es usted de las más atrasadas en este punto de la ciencia práctica.

D.<sup>a</sup> JUANA. — ¿Eso dice? Pues bien: yo, que no tengo

tantos motivos de queja contra el matrimonio, puedo asegurar con firmeza que es imprudente el casamiento antes de que la moza haya sentado su carácter y sea lo que se llama toda una señora madura.

ENRIQUE (*burlón*).—Por ejemplo... usted.

D.<sup>a</sup> JUANA.—Yo, sí... ¿Acaso me extiende usted ya el pase á la reserva?

ENRIQUE.—¡Dios me libre! Creo que puede usted muy bien matar de envidia y desesperación á más de una muchacha casadera. Seria usted un peligro, si no fuese usted tan buena madre.

D.<sup>a</sup> JUANA.—Lo primero, enténdolo perfectamente; lo segundo, no tanto; ¿qué tiene que ver lo uno con lo otro, D. Enrique?

ENRIQUE.—Señora, se me figura que no querrá usted meterse en amoríos hasta ver á su hija acomodada...

D.<sup>a</sup> JUANA.—Mi hija está en la edad de los ensueños, de las ilusiones, y es peligroso cortar violentamente esa dulce disposición de ánimo. Cuando ven ustedes á una joven melancólica y triste, ¡maliciosos!, se figuran que necesita marido. ¡Triste error! Está la doncella en pleno imperio de la poesía, y el marido es la prosa, la parte vulgar, ruin de la vida. Entonces es cuando se agosta y languidece la mujer.

ENRIQUE.—¡Dios mío, qué teorías más raras! Serán sublimes, pero no las entiendo; ¡y en qué ocasión más inoportuna las expone! Cuando...

D.<sup>a</sup> JUANA.—Cuando acaba usted de veranear; cuando trae usted el cuerpo saturado de sales y el espíritu lleno de trivialidad.

ENRIQUE (*grave*).—Cuando vengo decidido á pedirle la mano de su hija.

D.<sup>a</sup> JUANA.—¡Eh, marqués! Diga usted que eso es una broma de mal género.

ENRIQUE.—Digo que hablo seriamente.

D.<sup>a</sup> JUANA.—Pues yo no puedo permitir que mi hija se case con quien vuelve de San Sebastián, Biarritz y Monte-Carlo, arruinado.

ENRIQUE.—¡Señora! ¿Quién le ha dicho...?

D.<sup>a</sup> JUANA.—Con quien, en el juego y en orgías, gratamente acompañado por una *miss espiritual*, acaba de derrochar su patrimonio.

ENRIQUE (*confuso*).—Pues bien: es cierto; pero yo le juro á usted que vengo arrepentido; que amo á su hija y que observaré en lo sucesivo una conducta intachable.

D.<sup>a</sup> JUANA.—Lo que viene usted es á reparar las brechas de su caudal con el dote de mi hija.

ENRIQUE.—¡No sea usted cruel!

D.<sup>a</sup> JUANA.—¡Pobrecillo! ¡Casi le tengo lástima! Pero ¿no le parece que, pues decide meterse á persona seria y grave, no debe usted casarse con una joven como Inesilla?

ENRIQUE.—No entiendo...

D.<sup>a</sup> JUANA (*resueltamente*).—Hay un medio de salvación. Cásese usted conmigo.

ENRIQUE.—Señora, ¡por Dios! ¿Se burla usted de mí?...

D.<sup>a</sup> JUANA.—No es cosa de juego. Para padre de mi hija, le acepto á usted; para esposo, nó. Escoja.

ENRIQUE (*estrechándole la mano*).—Creo que tiene usted razón; está usted muy fresca, muy guapa... vale usted más que su hija; bien decía yo que era usted un peligro para las jóvenes casaderas... Dejemos que sueñe Inesilla; prolonguémosle la edad triste y melancólica de la ilusión.

GUILLERMINA STOCK.

## INGENUAS

Los años han pasado, pero en nada cambiaron tu afición por los amores, y hoy, de amantes, maduros ya, rodeada, pareces una reina destronada con su corte de viejos servidores.

Con hilos invisibles  
suele amor enlazar los corazones:  
son eléctricos cables intangibles  
que llevan, á distancias imposibles,  
el eterno rugir de las pasiones.

F. BLANES VIALE.



LUISA CAMPOS

# Miscelánea

Tenemos el gusto de advertir á nuestros lectores que la señora Heredera de Pedro Motilba, propietaria de este periódico, tiene á su cargo la corresponsalia de las siguientes publicaciones: *Heraldo de Madrid, El País, El Nacional, La Correspondencia de España, La Elegancia, La Lidia, La Caza Ilustrada, Miscelánea, El Tío Jindama, y Heraldos Taurino.*

Dirigirse al kiosco de la Rambla, número 3.

Cuestión de tiempo:

—¿Cómo es eso, doctor? Me dijo usted la semana pasada que el enfermo moriría fatalmente, y, sin embargo, está bueno y sano.

—Dispense usted, amigo mío. Yo dije que moriría, pero no dije cuándo. Espere usted y verá cómo, más tarde ó más temprano, me salgo con la mía.

*A la madre de un amigo  
acompañé al Campo Santo.  
La verdad, lo siento mucho;  
pero, ya usted ve, allá vamos.*

*Lo poquito que valemos  
nos ha demostrado Dios.  
¿Filosofía barata?  
Te compadezco, lector...*

*Al nacer un cariñito  
le son padrinos los celos.  
¿Es de veras? ¡Vaya, vaya!  
Será lucido el festejo ..*

*A tus ojitos azules  
no los quiero ver llorar.  
En eso estamos conformes  
de toda conformidad.*

*¡Qué envidia le tengo al sol  
cuando le veo salir!  
En verano no; en invierno,  
lo mismo me pasa á mí...*

MORENO.

Entre amigos:

—¿Conoces ya á tu futura suegra?

—Sí, y me parece la mujer más extraordinaria del mundo.

—¿De veras!

—Figúrate que me cree digno de casarme con su hija.

La esposa dice á su marido:

—La educación de nuestra hija es perfecta; Matilde sabe pintar, bailar, montar á caballo y tocar el piano. Ha llegado, pues, el momento de casarla.

—Bueno; le buscaremos un marido que sepa cocinar y zurcir la ropa.

En el bufete de un abogado:

—Le advierto á usted que los pleitos ahora son cosas muy serias.

—No parece sino que antes eran cosas de chanza.

—Y sí, señor, que lo eran; y lo prueba que los fallaban las chancillerías.

## Charada

Con *tercia segunda* espero  
arreglar esta semana  
un museo con las cosas  
que cito en esta charada.  
Una *prima tres* de Flandes,  
es decir, madera blanca.  
(A mí los muebles de *lujo*  
es cosa que me entusiasman.)  
Un *tercia cuatro* de alambre  
que no merece alabanzas.  
(¡Cualquiera dedica un bombo  
á una cosa *tan extraña!*)  
Una *prima dos* muy recta  
¿y larga...? ¡Jesús, qué largal  
Tanto como de aquí al mar  
(y me coloco á distancia)...  
También tengo un *prima cuatro*  
que ha de gustarles; de lata  
(me la dieron... dos sujetos,  
porque brilla como plata).  
El clisé del *cuarta prima*  
colocaré en una sala,  
en unión de otros *maestros*  
(que el adjetivo les valga),  
y con punto de mi *todo*,  
que es una cosa barata,  
bordarán hermosas flores  
que dará pena mirarlas,  
en los billetes de envite  
igual como en las entradas,  
las chicas que me prometan  
no cobrar por ello nada...  
Tan pronto como lo alcance  
te mando el billete á casa.

MORENO.





# LA SAETA



20 cénts.

Núm. 515

# Novelas publicadas por el Administrador de "LA SAETA"

LA MUERTA VIVA ó EL SEPULCRO MISTERIOSO, por Leandro García Merino.  
Forma esta interesantísima novela un voluminoso tomo de 492 páginas en 4.º, con magnífica cubierta al cromo y 20 preciosas láminas en color.—Precio, 4 pesetas.

## Novelas ilustradas á 2 reales tomo

EL HIJO DE LA NIEVE ó LOS PERROS DEL MONTE DE SAN BERNARDO.	LA CHOZA DE TOM ó EL MARTIRIO DE LOS NEGROS.
LÁZARO EL MUDO ó EL PASTOR DE FLORENCIA.	VALENTÍN EL GUARDACOSTAS ó UN CRIMEN MISTERIOSO.
LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.	LA ESPOSA MÁRTIR ó LA HERMANA DEL CARRETERO.
LA EJECUCIÓN DE UN VERDUGO.	ZAZÁ, MIMÍ Y C. <sup>a</sup>
ENRIQUE DE LAGARDERE ó EL JOROBADO.	EL TENORIO DE BELCHICHE.
LOS HUÉRFANOS DEL PUENTE DE NUESTRA SEÑORA.	ENTRE NIÑAS Y BRIGADIERES.
CORPUS DE SANGRE ó EXPIACIÓN.	LULÚ.

## Biblioteca económica á 20 céntimos tomo

LA PLEGARIA DE AMOR.	PRESA DEL DIABLO.
LA HIJA DE LA MUERTA.	ANDRAJOS Y DIAMANTES.
EL MÁRTIR DE SU CULPA.	ENRIQUETA.
CORAZÓN DE MADRE.	UN MOZO APROVECHADO ó LA ORFANDAD POR HERENCIA.
LA CARIDAD DE UN ÁNGEL.	LA CRUZ DEL MONTE.
ABANDONADA EN EL MUNDO.	EQUIVOCACIÓN FATAL.
CALVARIO DE AMOR.	MUJER Y ÁNGEL.
MAL PADRE Y BUENA HIJA.	FLORES DEL ALMA. (2. <sup>a</sup> parte de «Mujer y ángel».)
CORAZÓN EN LA MANO.	EL RECUERDO DE GLORIA.
EL SUPPLICIO DE UNA MUJER.	EL SUEÑO DEL ARTISTA.
EL PERDÓN DEL MARINO.	POBREZA Y VIRTUD.
LÁGRIMAS DE HIELO.	
EL REY DE IMERECIA.	
EL CUENTO DE MARÍA.	

## Sección científico-recreativa á 20 céntimos tomo

Esta interesantísima Biblioteca la forman **cuarenta tomos** con cubierta y láminas al cromo, en las que, por series, se refieren, por el CAPITÁN WARTHON, en forma novelesca y amena, aventuras extraordinarias y viajes peligrosos por las cinco partes del mundo:

- Serie 1.<sup>a</sup> TRES ESPAÑOLES EN AUSTRALIA (4 tomos).
- » 2.<sup>a</sup> LOS NÁUFRAGOS DE «EL ELTHEN» (5 id.)
- » 3.<sup>a</sup> LOS HIJOS DEL MARINO CRAMMER (6 id.)
- » 4.<sup>a</sup> AVENTURAS DE UNA MUJER EN CALIFORNIA (6 id.)
- » 5.<sup>a</sup> LOS MISTERIOS DEL ÁFRICA (5 id.)
- » 6.<sup>a</sup> UN DRAMA EN UN GLOBO (4 id.)
- » 7.<sup>a</sup> LA VUELTA AL MUNDO EN BICICLETA (10 id.)

## ACTUALIDADES

VIAJES AL PAÍS DE LOS BOERS, por el capitán holandés VON DE LA ROC.

Esta interesantísima obra, en la que se hace un acabado estudio del Transvaal, de su historia, usos y costumbres, y se sigue paso á paso la actual campaña anglo-boer, se publica por cuadernos de 32 páginas y profusión de grabados intercalados en el texto.

A más se regalará á los Sres. Suscriptores una preciosa oleografía representando una marina.

El precio de cada cuaderno es de **20 céntimos**.

Los pedidos de estas obras para provincias, al Administrador, **D. Román Gil, Balmes, 86.**  
En Barcelona, Rambla del Centro, **Kiosco núm. 3, Heredera de P. Motilba.**  
En Madrid: D. Gregorio Pueyo, Mesonero Romanos, 10, librería.—D. Antonio Ros, Victoria, 3, Centro de periódicos.